

Me llamo Irene Rodrigo, estudio tercero de literatura universal en la universidad y la semana pasada mi profesor nos mandó un trabajo sobre libros relacionados con las artes oscuras, centrándonos en Lucifer y las referencias al diablo. No era un tema que me apasionara, pero era una parte fundamental de la asignatura así que no tuve más remedio que documentarme.

El día que fui a la biblioteca estaba lloviendo y el cielo estaba completamente negro. Clima perfecto para buscar libros satánicos. Empecé por la historia de Lucifer, la luz de Dios, el ángel preferido que con su ambición y celos por su creador proclamó una guerra que terminó en su expulsión de los cielos y la creación del temido infierno para los cristianos. Anoté la información y hojeé *El paraíso perdido* para después continuar con la *Divina Comedia* donde me centré en la parte del Infierno. La división de los círculos y los pecados me parecía interesante, pero no ahondaba en la figura que me importaba. Devolví el libro y rebusqué en las estanterías. De repente, como si en un susurro me llamara, vi un volumen que no había visto antes. Era negro, encuadernado en cuero y sin autor ni título en la portada. No estaba catalogado y eso me extrañó. Debería habérselo dicho a la bibliotecaria, pero la curiosidad fue más fuerte en mí. Lo abrí o más bien él se abrió solo. En la primera página con letras doradas había una única palabra: *Delomelanicon*. No había escuchado esa palabra anteriormente, ya he dicho que nunca me ha atraído lo esotérico, por lo que tuve que realizar una rápida búsqueda en internet. Lo que encontré me heló la sangre. Ese era el mismísimo libro escrito por el príncipe de las tinieblas, Satán, Belcebú, Lucifer, como quisiera que se llamara. Dejé caer el texto con un estrepitoso ruido y salí corriendo, dejando estupefactos a los alumnos que estaban estudiando en silencio. No me inquietaba lo que pensarán de mí, yo solo sentía que tenía que escapar de allí y de ese maldito libro.

Esa noche dando vueltas en la cama decidí que no haría el trabajo, ya encontraría la forma de recuperar la nota. Intenté descansar, pero no podía dormir. Mi conciencia me repetía una y otra vez que estaba mal que dejara de hacer un trabajo solo por la sensación que me produjo un libro y que tal vez solo fuera una broma del profesor. ¿Y si buscaba que indagáramos más en el asunto? Hasiada de luchar contra mí misma, me senté tras el escritorio y realicé un boceto de lo que podía ser mi trabajo. Nada de libros demoníacos. Extraje de mi mochila los apuntes que había anotado y la deposité de nuevo en el suelo. Por el peso se volcó y vi de refilón el lomo de aquel extraño libro. Encendí todas las luces, temerosa de que la oscuridad atrajera al dueño de ese volumen. Yo no lo había depositado allí, eso había sido obra de magia, magia negra. Con mano temblorosa cogí la novela y la abrí. Me atrapó. No pude parar de leer: los cultos y los rituales de los devotos a Satán, hechizos, nigromancia y en la última parte, como dejando lo relevante para el final, la forma de invocar a Lucifer para hacer un pacto con él. Yo no creía en pactos con el diablo, aunque eran temas recurrentes en la literatura y tal vez basados en historias reales. Yo no podía hacerlo, así que devolví el libro a la biblioteca al día siguiente. Apareció de nuevo en mi bolsa dos días después. Ese trabajo me estaba volviendo loca y decidí apelar a mi profesor para que me diera otro tema a pesar de que tenía que entregarlo en pocas horas. Concerté una tutoría para esa tarde y me recibió un sustituto. Mi profesor había tenido que cogerse una baja porque había padecido un accidente de tráfico. El suplente era un hombre bastante joven, alto, guapo y caminaba como si fuera dueño del mundo. Me indicó que me sentara enfrente de él y me estudió con una sonrisa cordial y amable que hizo que me relajara. Dejó que expusiera mi problema y cuando terminé me miró muy serio.

- Está bien – me contestó con una profunda voz – Puedes hacer otro trabajo, pero a cambio de que no le digas nada al resto de tus compañeros.

Asentí. No tenía ningún inconveniente en guardar silencio. Él me dedicó una sonrisa enigmática y dejó que me marchara.

No volví a ver el libro, cambié de temática e hice el trabajo. Ya está. ¿Qué os creías que iba a hacer un pacto con el diablo?